

OCTUBRE

El espíritu de Dios, como el sol, da siempre toda su luz á la vez. El espíritu del hombre se parece á esa pálida luna, que tiene sus fases, sus ausencias y sus regresos de lucidez y sus manchas, su plenitud y su desaparición, que toma toda su luz de los rayos del sol, y que, sin embargo, osa interceptarlos alguna vez.

Con muchas ideas, muchos puntos de vista, mucha probidad, los Sansimonianos se equivocan. No se funda una religión sólo con la moral. Es preciso el dogma, es preciso el culto. Para sentar el culto y el dogma, son necesarios los misterios. Para hacer creer en los misterios, se necesitan milagros.—Haced milagros, pues.—Sed profetas, sed dioses primeramente, podéis serlo, y luego curas, si queréis.

La Iglesia afirma, la razón niega. Entre el *sí* del cura y el *no* del hombre, sólo Dios puede colocar una palabra.

Todo lo que ahora se hace en el orden político, no es más que un puente de barcas. Eso sirve para pasar de una orilla á otra. Pero no tiene raíces en el río de

ideas que corre por debajo y que últimamente ha arrastrado el antiguo puente de piedra de los Borbones.

Las cabezas como la de Napoleón son el punto de intersección de todas las facultades humanas. Se necesitan muchos siglos para reproducir el mismo accidente.

Antes que una república, tengamos, si es posible, una cosa pública.

Admiro todavía La Rochejaquelein, Lescure, Cathelineau, hasta Charrette; ya no les amo. Sigo admirando á Mirabeau y Napoleón; ya no les aborrezco.

El sentimiento de respeto que me inspira la Vendée ya no es en mí sino cuestión de imaginación y de virtud. Ya no soy vendeano de corazón, sino solamente de alma.

*Copia textual de una carta anónima dirigida
estos días á M. Dupin*

«Señor Salvador, ¿os habéis colocado en el terreno

de vejar á los mendigos! ¡No tanto charlar ó te arreglaré las cuentas! ¡He torcido el pescuezo á otros más listos que tú! Hasta la vista, consérvate bueno, esperando que te mate.»

Mal elogio de un hombre es el decirle: su opinión política no ha variado en cuarenta años. Es decir que para él no ha habido experiencia diaria, ni reflexión, ni concentración del pensamiento sobre los hechos. Es alabar una agua por estar estancada, un árbol por estar muerto; es preferir la ostra al águila. Por el contrario, todo es variable en la opinión; en las cosas políticas no hay nada absoluto, excepto la moralidad interna de esas cosas. Esta moralidad es, pues, cuestión de conciencia y no de opinión. Por consiguiente, la opinión de un hombre puede cambiar honradamente, mientras no cambie su conciencia. El movimiento, progresivo ó retrógrado, es esencialmente vital, humano, social.

Lo que es vergonzoso, es cambiar de opinión por interés, tanto si es un escudo como un galón que os haga pasar bruscamente del blanco al tricolor, ó viceversa.

Nuestras cámaras decrepitas procrean en este momento una infinidad de leyecitas paralíticas, que apenas nacidas les tiembla la cabeza como á las viejas, y no tienen dientes para morder los abusos.

La igualdad ante la ley, es la igualdad ante Dios

traducida en lenguaje político. Toda carta debe ser una versión del Evangelio.

Los *wighs*, dice O'Connell, son *torys* sin asiento.

Toda doctrina social que procura destruir la familia es mala y, es más, es inaplicable. A menos que se recomponga más tarde, la sociedad es soluble, la familia no. Y es que en la composición de la familia no entran más que leyes naturales; la sociedad es soluble por toda aleación de leyes ficticias, artificiales, transitorias, contingentes, accidentales, que se mezcle á su constitución. A veces puede ser útil, ser necesario, ser bueno disolver una sociedad cuando es mala, ó demasiado vieja, ó extemporánea. Nunca es útil, ni necesario, ni bueno, desmemorar la familia. Cuando se descompone una sociedad, el último residuo que se encuentra no es el individuo, es la familia. La familia es el cristal de la sociedad.

FEBRERO

El rey Fernando de Nápoles, padre del que acaba de morir, decía que, para gobernar un pueblo, sólo se necesitaban tres F: *Festa, Forca, Farina*.

Se quiere derribar la iglesia de Saint-Germain l'Auxerois para alinear una plaza ó una calle; cualquier día van á destruir la catedral de Nuestra Señora de París para ensanchar la plaza en que está situada; el mejor día arrasarán París para ensanchar la llanura de Sablons.

Alineación, nivelación, grandes palabras, grandes principios, en virtud de los cuales se derriban todos los edificios, real y figuradamente, así en el orden intelectual como en el material, tanto en la sociedad como en la ciudad.

En las ciudades humanas se necesitan los monumentos; si no, ¿qué diferencia habría entre una ciudad y un hormiguero?

MARZO

Había algo más hermoso que el folleto de M. de C...; era su silencio. Ha hecho mal en romperlo. Los Aquiles son más terribles en su tienda que en el campo de batalla.

13 de marzo.—Combinación Casimiro Périer. Un hombre que insensibilizará la llaga, pero no la cerrará; un paliativo, no la curación; un ministerio con láudano.

«¿Qué administración, qué época, en que hay que temerlo ó afrontarlo todo; en que el tumulto engendra el tumulto; en que se produce un motín por los mismos medios que se emplean para prevenirlo; en que no se puede abandonar la medida, y en que la medida parece equívoca, tímida, pusilánime; en que es preciso desplegar mucha fuerza y la fuerza parece tiranía; en que se está sitiado por mil consejos, y hay que aconsejarse á sí mismo; en que se está obligado á temer hasta á los ciudadanos cuyas intenciones son puras, pero que la desconfianza, la inquietud, la exageración, les hacen casi tan temibles como los conspiradores; en que, en ocasiones difíciles, hay que ceder por prudencia, dirigir el desorden para contenerlo, encargarse de un punto glorioso ciertamente, pero rodeado de alar-

mas crueles; en que todavía, en medio de tan grandes dificultades, hay que tener la frente serena, tener calma, poner orden hasta en los objetos más minuciosos, no ofender á nadie, calmar todos los celos, servir continuamente y procurar ser agradable, como si no se sirviese en absoluto!»

Palabras que por cierto caracterizan admirablemente el momento actual, y que se superponen exactamente en sus menores detalles con los de nuestra situación política. Fueron pronunciadas por Mirabeau, hace cuarenta años, el 19 de octubre de 1789. Así es que las revoluciones tienen ciertas fases que se reproducen invariablemente. La revolución de 1789 estaba entonces en el período en que está hoy la revolución de 1830, en el período de las insurrecciones.

Cuando una revolución pasa del estado teórico al estado de acción, estalla ordinariamente con un motín. El motín es la primera de las violentas formas que toma la ley de una revolución. El motín es la obstrucción producida por los intereses nuevos, las ideas nuevas, las nuevas necesidades que no pueden pasar por las estrechas puertas del viejo edificio político. Todo el mundo quiere entrar á la vez á disfrutar de los goces sociales. Por eso es raro que una revolución no empiece rompiendo puntas. El emplear siempre reales formas teniendo razón en el fondo, constituye la esencia del motín revolucionario, que no debe confundirse con ninguna otra clase de motines.

ÚLTIMAS CUARTILLAS SIN FECHA

Una antigua profecía de Mahoma dice que *saldrá un sol por Poniente*. ¿Quería hablar de Napoleón?

Ya veis esos dos hombres, Robespierre y Mirabeau. El uno es de plomo, el otro es de hierro. La hoguera de la revolución hará fundir al uno, que se disolverá; el otro enrojecerá, llameará y se pondrá brillante y soberbio.

Era necesario ser gigante como Aníbal, como Carlomagno, como Napoleón, para dominar los Alpes por ambos lados.

Las revoluciones las empiezan hombres favorecidos por las circunstancias, y las terminan hombres que proyocan los sucesos.

Bajo la monarquía, una simple orden de prisión quitaba la libertad de un individuo y lo ponía en la Bastilla.

Así, desde hacía varios siglos, toda la libertad in-